



Mujeres del barrio de La Mina, en Sant Adrià de Besòs, durante una protesta por la muerte de un joven en la comisaría de los Mossos d'Esquadra en marzo de 2003. SANTI COGOLLUDO

El guardián de la memoria de La Mina

Uno de los primeros maestros del barrio recopila 40.000 documentos del Camp de la Bota y La Mina

JORDI RIBALAYGUE SANT ADRIÀ
De frontispicio, una pancarta: «Luchamos por nuestra dignidad». Josep Maria Montferrer, profesor jubilado y vecino de La Mina desde hace 40 años, ha rehecho la lona («la original venía del Camp de la Bota, de la época de Franco») y encabeza la entrada del bajo que cobija el Archivo histórico del barrio. «La he colgado porque la lucha es la misma».

Hace una década que Montferrer se empeña en poner a buen recaudo el pasado de este rincón, aquejado por la desidia gubernamental desde que alzaron grandes bloques para aglomerar a barraquistas y renqueante por algún que otro infortunio. «Es puro voluntariado. Con 250 euros de subvención, no pago ni el agua. Lo pago de mi jubilación y voluntarios que me ayudan», explica.

El fondo almacena 40.000 documentos; entre ellos, una colección de 1.300 fotografías de la Bota, extensión de chabolas del que no queda rastro. «Arrasaron el espacio para

hacer el Fórum, denigrándolo, diciendo que estaba superado», se queja el maestro, «cuando había gente que decía que, humanamente, vivía mejor en el Camp de la Bota. Ahora tenemos agua corriente, luz, calles asfaltadas y no tantas ratas, pero la red humana era mejor que aquí».

La tarea de Montferrer da fe de la red asociativa de La Mina, que se revuelve contra el malditismo que ha perseguido al arrabal. El orgullo no repara en estereotipos ni reveses; tampoco oculta una realidad que sigue siendo dura. «La historia de este barrio es la historia de lo que Barcelona no quiere. Tenemos 18.000 o 20.000 drogadictos que vienen anualmente gracias a que la *smart city* no quiere esa imagen», critica.

En junio, unos desconocidos aprovecharon que el local quedó vacío unos minutos para reventar los cristales, robar los ordenadores y orinar sobre unos papeles. Coincidió con un momento tenso en La Mina por el reparto de pisos sociales: desiertos

durante cuatro años, no se han entregado a la mayoría de moradores de un bloque ruinoso que debía derribarse, un fracaso contra el que ha clamado la plataforma vecinal de la que Montferrer es portavoz.

«No hicieron mucho daño. Por suerte, no se llevaron el disco externo. Si no, me dejan en pelotas y debo cerrar», aventura.

El archivo se ha engrosado con aportaciones de vecinos y descendientes. «Recoge la memoria de la gente, tenemos muchas entrevistas grabadas», resalta Montferrer, «si la gente no expresa cómo vivía, la Historia la escriben los poderosos, y entonces es victoriosa y maravillosa. Y borran los jaleos que provocaron».

Los recuerdos de quienes ocuparon las barracas –nostalgia, pese a la miseria– se condensan en uno de los tres libros escritos por Montferrer, con los que intenta difundir su dedicación. «Llegamos a tiempo. Muy pocos pueden venir ya a contarlo», anota el profesor, que guía a quien se lo

pide por donde estaban las barracas.

El archivo empezó a dotarse recopilando instantáneas. Las familias cedieron los retratos de los suyos por confianza en el maestro, conocido por su larga etapa en la escuela: «Comencé enseñando a unos chicos y, como se casan muy jóvenes, tuve a sus hijos y me jubilé con sus nietos. Hay familias de las que he tenido tres generaciones en clase».

Y de ahí a localizar el parapeto donde se fusiló a 1.700 personas tras la Guerra Civil e identificar a las 11 mujeres ejecutadas donde se asienta el Fórum, o conservar las actas clandestinas de la primigenia asociación de vecinos y las del truncado plan de transformación que aún perdura en La Mina. «De ahí saldrá un libro, que será duro, porque es la verdad de los vecinos», advierte, «el Fórum fue un proyecto especulativo. Será como una crónica, de una decepción total».

Archivero a fuerza de voluntad, Montferrer ha reconstruido cómo era la colonia de campesinos que ha-

bitaba el paraje antes de erigirse las viviendas. «Me he recorrido varias veces Cataluña buscando hijos y nietos de esa gente», comenta.

El educador se deleita mostrando algunos de sus hallazgos. Se exhibe con las partituras de una profesora desterrada dos años a León, acusada de subversiva. O cuando exhibe el manuscrito sobre cultura gitana de uno de sus mentores –redactado en pri-

«La historia de este barrio es la historia de lo que Barcelona no quiere», afirma

sión– o los trabajos de la «revolucionaria» escuela del desaparecido castillo de las cuatro torres, donde los alumnos elegían a sus representantes en plena dictadura.

«Para mí, son tesoros», confiesa Montferrer. Aunque escéptico, se ha asegurado que el archivo esté abierto cuando fallezca: «¿A quién le interesa La Mina? La mala imagen ha calado muy hondo en la sociedad. No pienso en cambiar la historia, pero sí que quede constancia de esto».